

y seis brazales con pedrería, vajillas de plata cincelada, seiscientas pieles de cebellina, otras seiscientas de linco, treinta pellizas de zorros negros, dos mil piezas de tela de oro y seda, cerca de sesenta fanegas de perlas, seiscientos mil ducados de oro y dos millones de piastras en plata.

Estas riquezas encontradas al fin de sus días en los subterráneos de los generales ó de los visires, atestiguan el temor de la confiscacion, la organizacion viciosa de la propiedad en Turquía. Estos tesoros estancados empobrecian el país en vez de hacerlo prosperar. La única riqueza útil es la que se fia á la tierra y se reproduce con el trabajo. El oro de Méjico empobrecia ya á los españoles; las riquezas del Oriente y de la Europa iban á empobrecer á los otomanos.

Ibrahim ocupó por fin el puesto de gran visir en lugar de Sinan.

VIII

La sultana Validé temia la partida de su hijo al Danubio. Desesperada de ver alejarse de su lado al que le servia de pantalla para reinar, Safiyé, aunque

veneciana de patria y cristiana por reminiscencia, tramó la degollacion general de los cristianos de todo el imperio, á imitacion de Catalina de Médicis, que habia embriagado á su hijo Carlos IX con la sangre de la San Barthelemy. El horror de este crimen lo hizo abortar en el haren, en donde habia sido concebido. El sultan se limitó á desterrar de Constantinopla á todos los griegos cristianos que no estaban establecidos de tiempo inmemorial en la capital. Para consolar á su madre del sentimiento que le causaba su partida, aumentó su dotacion con tres mil piastras por día, trescientas mil de gratificacion por año, y un millon tambien anual para pantuflas y vestidos.

Mahomet III salió de Constantinopla el 21 de junio de 1596. El gran visir Ibrahim mandaba el ejército: el secretario de estado Seadeddin, la lumbrera del consejo durante dos reinados, dirigia los negocios civiles y diplomáticos bajo la inspeccion del gran visir. Seadeddin, hombre principal en una situacion secundaria, fué el alma de la expedicion.

Al llegar al pié de los muros de Erlau, en Hungría, el sultan intimó la rendicion á la ciudad. — « Yo ju-
« ro, por el caballo que monto y por el sable que ci-
« ño, dijo en su intimacion al ejército húngaro de
« Erlan, que os dejaré salir y retiraros sin obstáculo

« de la fortaleza. » Erlau cayó en doce dias en poder de Ibrahim. Los húngaros que habian desollado vivos á los turcos que habian hecho prisioneros en Hatwan, en la campaña precedente, fueron pasados á cuchillo en represalias.

El archiduque Maximiliano, Sigismundo, príncipe insurrecto de Transilvania, y el príncipe Miguel de Valaquia avanzaban con tres ejércitos combinados para recobrar á Erlau. Sus vanguardias habian rechazado á Hassan-Sokolli, hijo del famoso visir de este nombre. Se hablaba de retirarse. « ¡ Seria inaudito, dijo Sokolli en el consejo, que un padischah de los otomanos hubiese vuelto sin motivo la espalda al enemigo! » El secretario de estado Seadeddin, acostumbrado á las enérgicas resoluciones de Soliman apoyó á Hassan Sokolli: « Esta, dijo con animosa sinceridad en presencia del indeciso sultan, no es una circunstancia en que puedan ser empleados los segundos: el honor y la necesidad exigen la presencia del mismo padischah. »

Algunos dias despues se fué en busca del enemigo.

Entretanto la sultana Validé excitaba á su hijo á volver á Constantinopla. Inclínabase el sultan á los consejos de su madre, pero queria que su partida pareciese al ejército exigencia de los visires. « Lala mio, » escribió al gran visir, « ¿ Qué inconveniente

« habria en que me fuese á Constantinopla, dejándote á tí como serdar? »

El gran visir é Ibrahim osaron oponerse á este deseo de abandonar el ejército. La presencia del padischah podia únicamente afirmar la disciplina y entusiasmar á las tropas. Mahomet III, arrastrado mas bien que convencido, asistió el 26 de octubre de 1596 á la batalla que se dió contra el archiduque Maximiliano, que mandaba los alemanes y los húngaros. Aquel era, desde Orsora en tiempo de Bajazet I, y desde Varna en el de Amurat II, el duelo mas decisivo reñido, entre turcos y cristianos por la posesion del Danubio. Cuatrocientos mil combatientes por ambas partes se extendian en dos líneas separadas por un suelo fangoso y casi hecho un charco con las primeras aguas del otoño. La derecha de los turcos estaba compuesta, contra lo acostumbrado, de generales y tropas asiáticas, que se posponen por lo comun á las de Europa; el ejército de Andrinópolis formaba la izquierda: Cicala, hijo del renegado de Génova, naturalizado por tantos servicios de mar y tierra, mandaba la vanguardia con la fogosa caballería del Diarbekir.

El sultan, poco experto en cosas de guerra, se hallaba en una eminencia, un poco á retaguardia, hácia el centro de la línea de batalla; sobre su cabeza

flotaba el sagrado estandarte; seis escuadrones escogidos guardaban su persona; Seadeddin, tan buen consejero en la paz como en la guerra, estaba á su lado para comunicarle la inspiracion del momento; los bagajes del ejército servian de fortificacion á la eminencia; los genízaros estaban situados al rededor de una iglesia derruida que dominaba un pantano; ciento veinte piezas de cañon, unidas con cadenas, segun el uso inhábil de los persas y de los turcos, presentaban un parapeto terrible é inmóvil entre los genízaros y los asiáticos.

Maximiliano, como general consumado, colocando su ejército en forma de cono para romper á los turcos por el centro, desbarató con la primera carga la línea que defendia la eminencia, desde donde Mahomet presenciaba el combate. Sus escuadrones, penetrando por la brecha abierta á través de las filas desordenadas de los turcos, subieron á galope por la colina, y llegaron sable en mano hasta las tiendas imperiales. El sultan, sorprendido por aquel tropel de ginetes húngaros que rodeaban su retiro, debió su salvacion á los pajes, á los aguadores, á los camelleros, á los armadores de tiendas, á los cocineros, que se armaron con las hachas, los cuchillos, los asadores y los palos que hallaron á la mano para defender á su señor. Seadeddin lo llevó por fin á re-

taguardia de la fila espesa de carros, camellos y bagajes, y lo introdujo en la tienda de Yunisbeg general de los muteferrikas. «No tembleis, dijo al sultan; «la paciencia conduce á la victoria, y la fortuna favorable sucede á los reveses.» Estas palabras, pronunciadas con sangre fria en medio del terror pánico, en que los corazones, segun la enérgica expresion del Coran, quieren salirse por la boca, reanimaron las esperanzas de Mahomet. Echáronle sobre los hombros el manto del profeta, la reliquia mas santa de los musulmanes, con la cual, no puede el sultan ser abandonado por Aláh.

A su vista, los genízaros dispersos se reunieron; Cicala, que habia colocado su vanguardia de caballería árabe detrás de un bosque, dejando pasar el torbellino húngaro, para caer en el momento crítico sobre sus desordenados escuadrones, voló al socorro del sultan. El asalto de las tiendas imperiales por los alemanes habia degenerado en pillaje: los soldados, deslumbrados con el lujo de los tapices y de los muebles los hacian pedazos para repartírselos, ansiosos del botin ántes de la victoria. Ya las cajas del tesoro del ejército destrozadas á golpes de hecha daban salida á los aspros y los ducados de oro que cogian á porfia; Cicala los derrotó con una carga de veinte mil caballos. Los húngaros y los alemanes desban-

dados murieron ó se sumergieron en el fango del pantano; las dos alas separadas un momento del centro se replegaron al divisar el estandarte del Profeta que ondeaba sobre la colina, envolvieron al ejército de Maximiliano privado de su caballería y su artillería, y convirtieron una falsa victoria en una inmensa fuga. Cincuenta mil alemanes perecieron en las charcas; ciento veinte piezas de cañon cayeron en poder de los turcos. Antes de ponerse el sol no tenian ya un solo enemigo delante de ellos.

El gran visir completaba el triunfo persiguiendo á los fugitivos con la caballería ligera de Asia. De vuelta en su tienda, el sultan recibia las felicitaciones de sus generales; gracias á Seadeddin habia recobrado el prestigio perdido de las tropas otomanas y las provinciás que, aunque por breve tiempo, habian estado separadas del imperio. Debía la victoria y la vida á la intrepidez de Cicala que no se habia arredrado con la derrota, ni habia temido atacar todo un ejército con la vanguardia. En el momento en que Cicala entraba en la tienda del sultan para besarle la mano, Mahomet lo nombró gran visir, como única recompensa digna de tal servicio: « El que « ha salvado el imperio debe gobernarlo, » dijo á Cicala al entregarle los sellos que llevaba debajo de su caftan.

Sin embargo, al premiar á su general, temió descontentar á Ibrahim, favorito de su padre y suyo. Al volver de su persecucion ignoraba este todavía lo que habia pasado en la tienda de Mahomet. Se disponia á ejercer las funciones de gran visir al dia siguiente, al revistar las tropas; nadie, ni el mismo sultan, se atrevia á contristarle en medio de su triunfo, anunciándole su disposicion. Seadeddin manifestó al eunuco Ghaznefer, camarero del soberano, el embarazo y el peligro de un silencio que dejaba los sellos en manos de dos grandes visires, y el gobierno bajo dos autoridades.

Ghaznefer no se atrevia á reprender su timidez, apesar de lo mucho que lo estimaba su señor. El caballero mayor Ahmed, asiático rudo, acostumbrado á la franqueza de los campamentos, se encargó de hacerlo con una fórmula indirecta y parabólica: « Mañana revistará vuestra alteza á su ejército, » dijo dirigiendo la vista al sultan con una expresion que doblaba el sentido de sus palabras; « ¿preciso será « que vuestros esclavos sepan qué caballo quereis « montar para recorrer el frente de vuestras tro- « pas? »

Mahomet, que comprendia á media palabra la intencion de su caballero, no respondió acerca de la eleccion de caballo; pero dirigiéndose el camarero

mayor dijo: «Id por los sellos del imperio que tiene Ibrahim, y traédse los á Cicala.»

IX

Cicala fué depuesto tan rápidamente como habia sido elevado. Su severidad militar disgustó al ejército, desmoralizado con la indisciplina de las últimas campañas. Treinta mil asiáticos de Caramania, de Bithynia, y de Sarukhan, á quienes habia privado del prest por haberse desertado de sus banderas, atravesaron en pelotones tumultuosos las provincias de Europa, y eligiendo jefes de su país, sembraron la sedicion, saquearon y aterrorizaron el Asia.

La sultana Validé, intrigando de consuno con el favorito Ibrahim, protestó en sus cartas contra el nombramiento de Cicala. Su hijo las recibió en Khirmenli, de vuelta de Hungría á Constantinopla. Despues de haber leído las cartas de su madre, mandó quitar los sellos á Cicala y se los devolvió á Ibrahim. Todos los enemigos del favorito, Cicala, Seadeddin, el caballero mayor Ahmed, fueron destituidos de sus funciones. Solo Seadeddin se libró del destierro,

merced á sus años y su reputacion. La sultana salió á recibir á su hijo al camino de Andrinópolis.

Su entrada triunfal en Constantinopla rivalizó con los triunfos de Soliman II. Un embajador de Persia, enviado por Schah-Abbas, deslumbró á los turcos con una escolta de mil caballos, y con presentes dignos del poseedor de Ormus. Capello, embajador de Venecia, y el embajador de Francia realzaron con su presencia y sus felicitaciones la gloria de la victoria de Keresztes. La Francia estimulaba en aquel momento á Mahomet III á que uniese sus fuerzas á las del rey para socorrer á los moros de España contra los españoles.

X

Revueltas civiles en Crimea reveladas por asesinatos en la familia reinante Gherai; una campaña ligera en Hungría terminada por reveses, obligaron á la sultana madre y á su hijo á sacrificar al gran visir Ibrahim á la opinion pública.

Despues de vanas tentativas para hallar un hombre capaz y sumiso á la vez á la voluntad de la ve-

neciana, sacaron del castillo de las Siete Torres á Hassan-bajá, el dilapidador de Egipto, y le entregaron las riendas del gobierno. Ganóse el favor de la sultana prometiéndole las riquezas que codiciaba de dia en dia con mayor ardor; lo perdió pidiendo al sultan la cabeza de su favorito, el eunuco Ghaznefer, camarero mayor del serrallo. Conducido de nuevo el 8 de abril 1598 por el bostandji-baschi á la prision de las Siete Torres, fué estrangulado en ella seis dias despues. Sus riquezas desaparecieron al mismo tiempo que él. Su tesorero al huir llevó consigo este misterio.

Djerrah-Mohammed, segundo visir, hombre de poco brillo, recibió los sellos con estas palabras del puño del sultan, que no le permitian rehusar: « Si « no cumples con tu deber, serás descuartizado, y « tu nombre será cubierto con eterna ignominia. »

En tiempo de este visir los generales austriacos y húngaros Schwarzenberg y Palfy sorprendieron la ciudad de Raab. El bajá turco, con un sable en cada mano, se defendió hasta morir en la puerta que abrió á los húngaros la traicion de sus habitantes, sus trescientos soldados refugiados en el polvorin prefirieron ser volados á sufrir la tortura que los aguardaba. El serdar del ejército de Hungría intentó lavar esta afrenta con la sangre de los alemanes. Durante su marcha

sobre el rio Theiss, sus genízaros se sublevaron, cortaron las cuerdas de su tienda para que se hundiera sobre su cabeza, lo apalearon, y consintieron en dejarle la vida á instancias y por las súplicas de su aga.

Othman *sin orejas*, llamado así porque las habia perdido en el campo de batalla, en Persia, salvó á Ofen, sitiada por los alemanes. Veinte mil valacos, á las órdenes de su príncipe Miguel, volvieron á presentarse en Valaquia contra Hafiz-bajá, gobernador de esta provincia, para hacer frente á los turcos, y pasearon por el campamento un maniquí de mujer vestido con el traje y cubierto con las armas de Hafiz-bajá. Las carcajadas de los valacos llenaron de rubor y de enojo á los turcos. Hafiz se replegó vencido á Schumla. Su afrenta recayó en el gran visir Djerrah-Mohammed, que fué depuesto y entregó por tercera vez los sellos á Ibrahim.

El favorito volvió al Danubio con cuarenta mil genízaros; un katti-scherif del sultan le entregaba la vida de su enemigo Saturdji-bajá, seraskier del ejército de Europa. El aga de los genízaros Hassan recibió orden de ejecutarlo. Habiendo llegado á Constantinopla, el aga convidó al seraskier á un festin en su tienda; al fin de la comida, sacó el katti-scherif del pecho y mandó con un signo á los yaya-baschis que mataran á su huésped. La cabeza de Saturdji rodó

por la alfombra. Ibrahim, ausente de Andrinópolis durante la ejecucion juró que Hassan era el responsable de aquel crimen. La perfidia de los esclavones se asociaba en este favorito con la ambicion y la lisonja, vicios de estos bárbaros, mal disfrazados con el barniz cortesano. Marchó sobre Gran y reconquistó esta ciudadela perdida en la penúltima campaña.

El khan de Crimea Ghazi-Gherai trajo cincuenta mil tártaros al ejército. Pero la muerte de Saturdji le hacia mirar con temor á Ibrahim. Los dos generales no reunieron jamás sus tropas en un solo cuerpo de ejército, y no conferenciaron sino en campo raso y á caballo, acompañados ambos de una escolta igual de caballería. En otoño, el khan de los tártaros se negó á invernar en las márgenes del Danubio y llevó su caballería á Crimea.

Durante el invierno se entablaron negociaciones con la corte austriaca, pero no dieron ningun resultado. Ibrahim, que deseaba la paz, procuró por medio de una disciplina severa y una rigorosa represion de toda violencia y pillaje ganar en favor de los otomanos el afecto de los húngaros, de los valacos y de las poblaciones cristianas de estas fronteras. Borró entre estas y sus soldados las antipatías religiosas con una discreta tolerancia; los húngaros, los servios, los valacos aumentaron voluntariamente las filas del

ejército turco contra los alemanes, mas indisciplinados y tan bárbaros entónces como sus enemigos.

La guerra de la Hungría se prosiguió sin resultados dignos de contarse desde el primer año del siglo xvii (1600) hasta 1608. Ibrahim, que la dirigia mas bien como hombre de estado que como capitán, habia trasladado, por decirlo así, el gobierno á Belgrado.

La sultana Safiyé se mantenía en Constantinopla en el poder por el ascendiente que tenia sobre su hijo. Su influjo se habia consolidado con el regalo que hizo á Mahomet III de una esclava de incomparable belleza que dió un heredero al trono, Selim. Estas hermosas esclavas introducidas en el haren por la sultana Validé, eran confidentes é instrumentos de su política. El hábito de gobernar, dicen las narraciones venecianas de la época, se habia convertido en esta mujer en una indomable pasión. Nunca desde los tiempos de Roxelana habia dominado el haren tan completamente al diván. La nodriza de Raziyé, intrigante de esta corte femenina bajo Amurat III, acababa de morir dejando inmensas riquezas y un hijo, bajá de Alepo y beglerbeg de Erserun; se le hicieron funerales magníficos, y su sepulcro se alzaba magestuoso como el de una emperatriz junto al palacio imperial de Beschiktasch. El genovés Cicala y Ghaznefer, el eunuco húngaro, afirmados y enri-

quecidos como Ibrahim en las mas altas dignidades de la córte por la proteccion de la Validé, llamaban para que heredasen su fortuna á parientes jóvenes, á quienes hacian abrazar el islamismo. Este reinado de las mujeres, ante las cuales el mérito de los favoritos consiste en agradar, comenzaba á sublevar á intérvalos la indignacion de los verdaderos otomanos.

El cuerpo de los spahis, que se habia quedado en Constantinopla para servir de guardia al sultan, acusaba á la judía Kira, favorita de la sultana Validé, de vender los *timares* ó *feudos* militares en vez de darlos al mérito y al valor. Este comercio de las dignidades militares hizo pedir á los spahis la cabeza de la judía. El caimakan Khalil, que gobernaba la capital en ausencia de Ibrahim, no se atrevió á rehusar esta sangrienta satisfaccion á los spahis. Sitiado en su palacio por los soldados amotinados, el caimakan se vió obligado á enviar á la judía la orden de comparecer ante él con sus tres hijos. Entregar esta víctima á los rebeldes le pareció el único medio de libertar de su furor á su protectora, la sultana Validé. Kira y sus tres hijos fueron despedazados al subir la escalera del palacio del caimakan. Sus miembros palpitantes fueron clavados por la soldadesca en las puertas de los visires y de los bajás, acusados de ha-

ber comerciado y vendido los favores de la córte juntamente con esta mujer.

El imperio perdió en aquel mismo año su mayor hombre de estado con la muerte del historiador Seadeddin, y su mayor poeta con la del inmortal Baki. Otro historiador, el secretario de los genizaros, Alí, autor del *Libro de la victoria*, de la narracion de la campaña de Georgia y de la guerra de Hungría, murió á fines del mismo año. Analista íntegro, imparcial y animoso, Alí no lisonjea en sus narraciones ni á su misma patria. Conocia que adular lo presente era corromper el porvenir. Él es buen testigo para la posteridad: los turcos le deben algo mas que la gloria; le deben la verdad histórica de tres reinados.

XI

Entre tanto el príncipe Miguel de Valaquia, intimidado y contenido por la presencia de Ibrahim en el Danubio, solicitaba la paz. Ibrahim recibió á un valaco, embajador suyo, llamado Dimo y lo envió á Constantinopla para que expusiera sus proposiciones

al divan. El eunuco Hafiz-Ahmed, víctima en otro tiempo de una perfidia de Dimo en la guerra de Valaquia, logró del mufti un *fetwa*, ó sentencia que condenaba al valaco al último suplicio. Hafiz-Ahmed, que era entónces caimakan, lo hizo colgar con garfios de hierro á una pared y lo dejó morir lentamente en aquella postura. Esta violacion del salvo conducto y del título de embajador indignó á Ibrahim, quien se quejó en sus cartas á la sultana Validé de tal ultraje. Esta logró que se destituyera á Hafiz-Ahmed y se nombrara para reemplazarlo á Hassan *el Frutero*, protegido suyo.

Durante estas negociaciones, los austriacos, temiendo la defeccion de Miguel, lo hicieron asesinar en Transilvania. Ibrahim reanudó por medio del khan de los tártaros las negociaciones de paz con Viena. La muerte lo sorprendió en Belgrado en el momento en que iba á firmar la paz. Su cuerpo transportado á Constantinopla fué sepultado con pompa casi soberana en el átrio de la mezquita de los príncipes. Este favorito, hecho hombre de estado y guerrero con el ejercicio del poder, aspiraba como Sokolli mas que á adquirir, á consolidar. Él fué el primer gran visir que no se avergonzó de proponer tratados de paz en nombre de su soberano. Su muerte resucitó las guerras que tenia adormecidas su discrecion.

La sultana Validé dió la dignidad de gran visir á su protegido el caimakan Hassan *el Frutero*. El sultan le regaló las tiendas, los caballos, las mulas, los camellos y las armas de Ibrahim. Tambien le prometió darle por esposa á su viuda Aische despues que trascurrieran los meses de la viudedad. Hassan partió inmediatamente para el Danubio. Sesenta mil genizaros y spahis se le reunieron en la llanura de Semlin, á la orilla izquierda del rio, en frente de Belgrado.

Los austriacos, mandados por el archiduque Fernando, sitiaban la fortaleza turca de Kanischa. Hassan Teryaki, ó Hassan *el Fumador de opio*, la defendia con la tenacidad heróica de un otomano de los primeros tiempos. Al aproximarse el gran visir, los austriacos levantaron el sitio; sus cañones y millares de cadáveres quedaron en las trincheras. Hassan Teryaki, sentado á la puerta de la ciudad con sacos de piastras en las manos, distribuia monedas de oro á los soldados que le traian cabezas de enemigos. El archiduque, con la precipitacion de la fuga habia dejado plantada y amueblada su tienda en el campamento. Hassan entró en ella, oró sobre la alfombra, luego, desenvainando el sable dividió é hizo pedazos el trono del archiduque, y se sentó orgullosamente sobre sus ruinas. Veinte mil prisioneros, sesenta ca-

ñones, el tesoro y los equipajes del ejército austriaco cayeron en pocos dias en poder de Hassan-Teryaki. Todo lo abandonó á sus soldados contentándose él con la gloria del vencimiento. La tienda de Fernando y los cañones fueron ofrecidos como presente al gran visir.

Este, despues de haberse reunido con Hassan, lo nombró bajá de tres colas, y le regaló tres caballos de guerra. El sultan, para recompensar al gran visir le envió con un dote de cuarenta mil ducados de oro á la sultana Aische, viuda de Ibrahim, que le habia reservado como estímulo y premio de la campaña.

XII

Miéntas se alcanzaban estos triunfos en Hungría, un rebelde asiático, llamado Karayazidji (ó escritor negro), insurreccionaba los árabes y los turcomanos contra los gobernadores de Mahomet III, y alcanzaba victoria sobre victoria contra sus generales. La exencion de contribuciones era el móvil de este tribuno armado para agitar á las poblaciones poco sometidas de la Cilicia y de la Capadocia. El hijo del famoso vi-

sir Sokolli, enviado contra Karayazidji hácia Cesaréa de Capadocia, destrozó por fin á este rebelde que murió de resultas de sus heridas en las montañas de Djanik, ramal del Taurus. Sus partidarios cortaron su cuerpo en pedazos y sepultaron cada uno de sus miembros en diferentes parajes, para que no pudieran los turcos, si descubrian su tumba, profanar su cadáver entero.

Su hermano Hassan *el Loco*, heredó su popularidad; alentó de nuevo la insurreccion en este fondo del Asia, se dirigió con masas innumerables al encuentro de Sokolli, que se vió obligado á refugiarse dentro de las fortificaciones de Tokat. Los rebeldes devastaron impunemente el valle y saquearon el jardin de Sokolli situado en las cercanías de Tokat, llamado por su magnificencia y sus delicias el jardin del paraíso, *djennet-baghi*. Los cuadros del jardin en vez de flores brillaban con rubíes y piedras finas, que imitaban la forma de las flores y su esplendor. Estos tesoros del arte persa pasaron á decorar las armas y los arneses de los bárbaros.

El sultan castigó la derrota de Sokolli nombrando en su lugar á Khosrew-bajá, seraskier del ejército de Tokat, para que peleara contra los partidarios de Karayazidji. Pero Sokolli estaba tan enorgullecido con su nombre, sus riquezas, y sus dignidades que nadie

se atrevia á comunicarle su destitucion. Amenazaba con la muerte al que le hablase de perder su rango de seraskier. Su kyaya y su propio hermano se libertaron con mucha dificultad de su furor por haberse atrevido á aconsejarle que obedeciese las órdenes del sultan. Continuaba defendiendo á Tokat contra los ataques de los rebeldes, con la intrepidez y el fatalismo de un héroe, cuando una mañana, que se hallaba sentado como de costumbre ante la puerta de su palacio para dar órdenes á las tropas, un arcabucero turco, apostado en una eminencia, desde la que se veia al seraskier, le apuntó y lo derribó muerto, pero no degradado, sobre la alfombra. Tokat cayó con él. El jefe de los rebeldes, Hassan *el Loco*, inundó con sus bandas el Asia Menor, y sitió en Kutaiah al nuevo seraskier Khosrew-bajá. Solo el invierno puso coto á sus progresos.

Cicala-bajá, nombrado capitán-bajá como su padre, defendia las costas de Africa contra Andrea Doria y D. Juan de Córdoba, y devastaba las costas de Italia. Stuhlveissenburgo, sepulcro de los reyes de Hungría y lugar de su coronacion caia en manos del gran visir. Ofen y Pesth, separadas por el Danubio, eran sitiadas, la una por los austriacos, la otra por los turcos. El khan de los tártaros, Ghazi-Gherai, que habia vuelto con sus tropas á Hungría despues

de la muerte de Ibrahim, se contentaba con asolar el país bajo los pasos de sus caballos y cantar en poesías compuestas en lengua turca las delicias de los vinos de Tokai. La guerra se hacia sin plan ni energía, á consecuencia de la molicie y el cansancio de los combatientes.

Estos ócios de la guerra en Europa y estos desastres en Asia irritaban el patriotismo de los spahis de Constantinopla. Hicieron redactar á sus escritores y llevaron con las armas en la mano una súplica sediciosa al sultan, pidiéndole las cabezas de Ghaznefer, el eunuco húngaro favorito de dos reinados, de Hassan *el Relojero*, antiguo caimakan, y de otro Hassan, apellidado, Tirnakdji, que ocupaba en el divan el rango de cuarto visir. Estas cabezas, decian los spahis, expiaran las corrupciones del serrallo y los funestos consejos dados al sultan por sus favoritos. El imperio no podia regenerarse sino con la sangre de sus corruptores.

Mahomet III, asediado en el serrallo por sus propios defensores, compareció ante ellos en un trono levantado en el último patio, mas bien en actitud suplicante que soberana. En vano les disputó una por una las cabezas de sus mas caros confidentes; si se le concedia una, se le exigia otra en cambio. Hassan *el Relojero*, sacado del castillo de las Siete Torres, aren-

gó á sus verdugos y les probó con las órdenes del gran visir en la mano que no habia hecho mas que cumplir su deber en Asia. Lo despidieron convencidos de su inocencia. Hassan-Tirnakdji pidió la vida poniéndose de rodillas delante de los spahis, y obtuvo su indulto por intercesion de los genízaros. Pero Othman, Kislar-aga y Ghaznefer, jefe de los eunucos blancos, mas odiados porque eran mas queridos por el sultan y su madre, sacrificados apesar de las lágrimas de Mahomet, entregaron sus cabezas al sable de los spahis. El sultan se vió obligado á asistir á su suplicio, á saludar á las tropas en presencia de sus cadáveres, como para darles las gracias por su crimen, y á devorar su afrenta y su dolor en el secreto de su haren.

XIII

El gran visir, llamado con urgencia por la sultana Validé, venia secretamente á Constantinopla para restablecer el orden y vengar estos crímenes. Al llegar á las puertas de la capital, Hassan *el Frutero* se paró, no atreviéndose á entrar hasta la noche, por

temor de que los spahis le cerrasen el paso. Penetró con sigilo en su palacio. El sultan le envió un eunuco para darle la bienvenida y la seguridad de que podia contar con su apoyo y su favor. Durante la noche, el caimakan Mahmud-bajá, aunque enemigo suyo, y los dos jueces del ejército fueron á verlo para tratar con él del restablecimiento de la autoridad y del castigo de los culpables. El muftí, á quien aguardaba para justificar su severidad con un fetwa, no pareció. Los spahis, sabedores de las medidas que se preparaban contra ellos, lo vigilaban sin perder de vista su casa, y le habian arrancado una sentencia que condenaba á muerte al gran visir. El aga de los genízaros y los dos jueces mayores del ejército, intimidados por este fetwa del muftí, abandonaron cobardemente la causa de Hassan, y se encargaron de prestar su concurso al suplicio decretado contra él.

Entre tanto Hassan, que veia sin debilidad apartarse de su lado á los sostenedores naturales del orden, escribió al sultan una carta en la que le indicaba la línea de conducta que debia seguir: « Mahmud, aga de los genízaros, nos vende, » decia en este escrito confidencial; « está de acuerdo con los rebeldes; les ha prometido treinta mil ducados por derribarme; hé aquí lo que es preciso responder al informe que va